

tija, la pieza, el corte, los cuarterones, el bulto, la vara, la yarda y otras medidas de las cuales se desconoce su equivalencia como las pelotillas, petaquillas, rollos, cañas y cañetes, la gruesa, etc. Los documentos proporcionan datos sobre los textiles utilizados en la época: *fresadas, pastoras, colchas de Acasingo, Bramante Florete o crudo, seda misteca, Ruan Sigleia, Gerga de abrigo, mantas poblanas*; sobre los artículos de vestir: *sombreros guapillos, Zapatos de palillo tapetados, medias para mujer, rebosos mantones de todas sedas*; sobre los productos medicinales: *Miel rosada, balsamo catolico, es tracto de vegeto, Mercurio, sal nitro, aseyte de almendras, unguento basilicon, laudano, alcanfor*; sobre la comida: *arros, chile pasilla, mais, azucar, pimienta, cominos, canela, obleas, manteca, azafran, arina flor*; la bebida: *aguardiente fino, vino de misa, chocolate fino y chocolate de regalo bueno*; los utensilios de cocina: *jarros chocolateros, vasos, xícaras, botes, ollas de cobre*; las herramientas: *azadones, arado, escoplos carreteros*; las armas: *guarniciones de espada, hasta de lanza, caxas para escopeta larga, espadín*; los artículos religiosos: *Misal Romano, obalos de Nuestra Señora de Guadalupe, de Nuestra señora de los Dolores, Incensario, cathesismos, estampas de papel de Varias imágenes*; y sobre otros artículos utilizados en el presidio: *coetes de luzes, petates, costales, javón, tixeras, ahuja, peynes de marfil, espuelas, etc.* También son importantes los términos amerindios comunes en la época: *chile, chocolate, cacao, equipal, mescal, huacales, metate, paliacate, xicara, etc.*

Aunque la edición de estos cincuenta y dos documentos tiene como única pretensión dar a conocer los textos —contribución importantísima para el estudio diacrónico del español americano— los datos que contiene, debido a su naturaleza y a la rigurosa transcripción realizada (aunque el índice de términos tiene algunos errores, mínimos, como el que un vocablo no aparezca en la página señalada), son fuente para diversos estudios, baste como pequeña muestra lo señalado con anterioridad. Son muchos los aciertos de esta edición, que abarcan no sólo los estrictamente académicos, sino también los meramente formales.

BEATRIZ ARIAS ÁLVAREZ

Universidad Nacional Autónoma de México

KLAUS ZIMMERMANN (ed.), *La descripción de las lenguas amerindias en la época colonial*. Vervuert-Iberoamericana, Frankfurt/Main-Madrid, 1997; 447 pp.

El interés de los europeos por las lenguas y culturas indígenas de América fue un proceso complejo que hasta ahora había merecido poca atención. Esta veta de investigación está empezando a motivar

investigadores; su interés se hizo evidente en 1995 cuando un buen número de ellos se reunió para debatir en torno al tema. El coloquio internacional “La descripción de las lenguas amerindias en la época colonial”, auspiciado por el Instituto Ibero-Americano Fundación Patrimonio Cultural Prusiano, que se efectuó en la ciudad de Berlín, Alemania, constituyó el punto de encuentro.

Dada la variedad de aspectos tratados, enfoques propuestos y lenguas implicadas —aimará, cakchiquel, chibcha, guaraní, maya, náhuatl, otomí, quechua, tarasco, tupinambá, zapoteco— el editor ha optado por disponer el material en cuatro apartados según las diferentes áreas geográficas del continente americano: Mesoamérica; Región Andina; Brasil y Paraguay y Colombia.

Este agrupamiento hace evidente dos aspectos que definen en buena medida, aunque no totalmente, el trabajo que se realiza en el campo de lo que Zimmermann llama historiografía lingüística de las lenguas amerindias: *a)* el predominio histórico que han tenido —y conservan— unas lenguas sobre otras; *b)* el predominio de las gramáticas y los vocabularios como fuente de estudio.

El primer aspecto se aprecia tanto en el material disponible como en el número de investigaciones que hay sobre cada una de ellas. Ese predominio explica, por ejemplo, que en estas actas, el náhuatl —lengua franca en buena parte de la Nueva España— se estudie en cuatro de los dieciocho artículos: “La elaboración de los conceptos de la diátesis en las primeras gramáticas del náhuatl” de Michel Launey; “Categoría formal, categoría funcional y teoría de la traslación en las primeras gramáticas del náhuatl” de Carlos Hernández Sacristán; “El *Arte* de Horacio Carochi” de Una Canger y “El *Vocabulario* náhuatl de Molina leído por Humboldt y Buschmann” de Mangred Ringmacher.

Los estudios reunidos en este volumen tienen en cuenta únicamente cinco lenguas mesoamericanas de las aproximadamente 56 indígenas reconocidas actualmente: el náhuatl, lengua de la familia utoazteca; el otomí y el zapoteco, de la familia otomangue; el cakchiquel, de la familia maya; y una lengua cuya filiación no es clara: el tarasco. Klaus Zimmermann se ocupa del otomí en “La descripción del otomí/hñahñu en la época colonial: lucha y éxito”; del tarasco da noticia Cristina Monzón con “Terminología y análisis de la estructura morfológica en el *Arte en lengua michoacana* de fray Juan Baptista de Lagunas (siglo XVI)”; Ursula Thiemer-Sachse trata el zapoteco en “El *Vocabulario castellano-zapoteco* y el *Arte en lengua zapoteca* de Juan de Córdova —intenciones y resultados (perspectiva antropológica)”, y del cakchiquel Cristina Bredt-Kriszat y Ursula Holl en “Descripción del *Vocabulario de la lengua cakchiquel* de fray Domingo de Vico”.

Para la región andina hay trabajos sobre el quechua y el aimara: “La primera codificación del aimara” de Rodolfo Cerrón-Palomino;

“Las transiciones en la tradición gramatical hispanoamericana: historia de un modelo descriptivo” de Willem F. H. Adelaar; “Entre Roma y Lima. El lexicon Quichua de fray Domingo de Santo Tomás [1560]” de Alfredo Torero; “La descripción gramatical como reflejo e influencia de la realidad lingüística: la presentación de las relaciones hablante-enunciado e intra-textuales en tres gramáticas quechuas coloniales y ejemplos de su uso en el discurso quechua de la época” de Sabine Dedenbach-Salazar Sáenz; “La gramática aimara de Bertoloni (1603) y la escuela de Juli” de Julio Calvo Pérez y “Gramáticas coloniales y más recientes de variedades quichuas ecuatorianas, elaboradas por lingüistas-misioneros: una comparación” de Peter Masson.

Los estudios sobre Brasil y Paraguay abarcan el guaraní y el tupinambá. Del guaraní se ocupa Daniele Marcelle Grannier Rodrigues en “La obra lingüística de Antonio Ruiz de Montoya”, y del tupinambá Aryon D. Rodrigues en “Descripción del tupinambá en el período colonial: el *Arte* de José de Anchieta”.

Por último, Miguel Ángel Meléndez Lozano escribe sobre “El *Arte y Vocabulario de la lengua achagua* de los padres (S. J.) Alonso de Neira y Juan Rivero Trasunto en 1762: aportes y limitaciones de la gramática y el léxico con relación al estudio actual de la lengua” y Christiane Dümmler en “La Nueva Granada como campo de labor lingüístico-misionera: presentación y análisis de varias obras de la época colonial” realiza un recuento de los materiales de la época existentes en las lenguas que se hablaban en la región achagua durante la época colonial: andaquí, aurauca, ceona, chibcha, cunacuna, huaque, motilón, páez, quechua y sáliba.

Aunque el espectro de lenguas representadas en esta compilación es relativamente amplio, resulta evidente que hasta ahora la historiografía lingüística se ha ocupado únicamente de unas cuantas lenguas amerindias; para muchas no tenemos aún ningún trabajo de este tipo. En las lenguas que ya cuentan con ellos el panorama no es homogéneo; el náhuatl y el quechua se han trabajado desde esta perspectiva, pero para las colombianas, por ejemplo, la investigación de historiografía lingüística apenas se inicia.

Entre los documentos que sirven como fuentes a los investigadores interesados en la lingüística y la filología de las lenguas amerindias se distinguen, *grosso modo*, tres tipos: 1) los que constituyen las primeras reflexiones sobre las lenguas del Nuevo Mundo, es decir las gramáticas y vocabularios que se escribieron en la época colonial; 2) los que apoyan la labor evangelizadora de la Iglesia Católica en América: catecismos, confesionarios, manuales de instrucción y otros textos de corte religioso escritos y traducidos a lengua indígena; 3) los elaborados en el marco jurídico impuesto por los gobiernos coloniales (testamentos, documentos de compra-venta, límites de tierra, concertaciones, cartas de relación, etc.)

En el conjunto de colaboraciones reunidas en este volumen se observa el predominio de las gramáticas y los vocabularios como única fuente de estudio. Pero esa tendencia no debe pensarse como característica de este tipo de investigación; el trabajo con otros documentos escritos en lengua indígena —como catecismos y confesionarios, testamentos y límites de tierra— es también fundamental. El estudio de la lengua en uso, aunque el uso registrado se limite a “una gama bastante reducida de tipos de texto” —como dice Zimmermann—, puede arrojar luz sobre los temas de reflexión que emergen en estos estudios, me refiero a problemas como el grado de adecuación de las descripciones y la influencia que tuvieron los lingüistas-misioneros en el habla y las gramáticas amerindias.

En el conjunto de las contribuciones destaca una serie de temas que pueden considerarse como constantes en el trabajo de historiografía lingüística de lenguas amerindias. Zimmermann los resume en una excelente introducción en donde muestra los distintos ejes en torno a los cuales se van tejiendo las reflexiones: los métodos de trabajo de campo que utilizaron los primeros misioneros para llevar a cabo su labor, el trabajo intelectual que significó la formulación de nuevas categorías lingüísticas para dar cuenta de fenómenos hasta entonces desconocidos, el concepto de lenguaje que subyace a este ejercicio, el modelo impuesto al que se sujetan las descripciones, el objetivo pedagógico al que respondía la labor descriptiva, la influencia del punto de vista de los evangelizadores en la reseña de una nueva realidad y, desde luego, el impacto que tuvo la primera lingüística americana en Europa. Todos estos temas se interrelacionan e implican mutuamente, ningún autor se circunscribe sólo a uno, en cada trabajo aparecen reflexiones y observaciones sobre varios problemas.

El concepto de lenguaje que subyace en las descripciones es, sin duda, uno de los temas por excelencia cuando se hace historiografía lingüística amerindia. Cabría recordar que el lingüista “no sólo no se puede salir del lenguaje para contemplarlo como algo distinto de sí, ni siquiera puede salirse de su lenguaje profesional, de su tradición gramatical y lingüística” (como dice A. Agud, *Historia y teoría de los casos*, Madrid, 1980, p. 43). Sin embargo, autores como Masson y Hernández Sacristán parecen olvidarlo cuando evalúan la labor de los primeros lingüistas misioneros. Masson compara —a mi juicio desafortunadamente— las primeras “artes” coloniales del quechua andino del Ecuador con las descripciones gramaticales de finales del siglo XIX e incluso con gramáticas del siglo XX realizadas por misioneros del I.L.V. Concluye que en estas últimas se aprecia “una marcada profesionalización lingüística de los misioneros de la segunda mitad del siglo XX” (pp. 339-368). Hernández Sacristán adopta un punto de vista similar cuando apunta: “es posible concluir que

un uso de los conceptos metalingüísticos desde la óptica de un saber natural y no profesionalizado como sería el de los gramáticos misioneros, adoptará, como instrumental descriptivo de partida, las categorías y no las funciones” (p. 53).

¿En qué sentido se puede decir que los frailes-misioneros no eran profesionales, o que su saber era “natural”? Me parece que el problema aquí está mal planteado y coincide con Manuel Alvar cuando afirma que el mérito de los autores de las “artes”, “vocabularios” y “confesionarios” coloniales es “haber sido fieles a lo que sus días les exigieron y les permitieron hacer” (“Resurrección de una lengua”, introd. a la ed. facs. de *Gramática chibcha* de fray B. de Lugo, Madrid, 1978 [1619], p. 39). Lo interesante y verdaderamente productivo, considero, sería estudiar cada una de estas obras en su contexto.

El tema del concepto del lenguaje se relaciona estrechamente con el del modelo que sirvió como base para el análisis lingüístico. Es evidente que el modelo latino, cuyo antecedente más inmediato era la obra de Antonio de Nebrija, constituyó el punto de referencia de muchas “artes” y “vocabularios” de la época colonial; sin embargo, la evaluación de la labor lingüística de los misioneros del Nuevo Mundo muestra que aunque este modelo fue utilizado con amplitud durante toda la Colonia (como lo muestran Reingmacher; Zimmermann; Monzón; Thiermer-Sachse y Torero) no se aplicó de manera rígida. Se reconoce que, aunque en las primeras gramáticas amerindias los lingüistas-misioneros se circunscribieron en lo general a la norma establecida, es decir al modelo de Nebrija, éstos fueron también, en diversa medida, fieles a la realidad lingüística que describían e implementaron recursos novedosos para dar cuenta de las estructuras que rebasaban el modelo impuesto. Calvo Pérez señala: “Además, y en contra de lo que se ha dicho con frecuencia, el modelo de Nebrija es... en todos los casos, autosuficiente y decir que se toma como delde el latín es decir mucho pero al mismo tiempo casi nada, ya que a cada lengua se le da el tratamiento debido” (p. 322).

El tema de la innovación lleva a preguntarse por la pertinencia de reconocer tendencias o escuelas dentro del quehacer lingüístico indoamericano. Esta posibilidad se plantea en el trabajo de Calvo Pérez. De acuerdo con este autor en Juli los jesuitas desarrollaron una actividad gramatical colectiva con características propias (pp. 321-338). Ya otros autores también han llamado la atención sobre el hecho de que en las descripciones de este grupo se observan particularidades que las alejan del modelo nebricense. Yáñez Rosales al hablar sobre la labor evangelizadora de los jesuitas en el obispado de Durango en Nueva España ha dicho: “Si se observan las obras desde la perspectiva de la información lingüística es notorio que el para-

digma de la obra de Antonio de Nebrija está atenuado, cuando no, francamente ausente” (“El discurso de evangelización en el Norte de México. Continuidad y ruptura de la Colonia a la Nación”, *V Encuentro Internacional de Lingüística en el Noroeste, Hermosillo, Sonora, del 18-20 noviembre de 1998*, p. 7). A juicio de esta autora, la ausencia del modelo nebricense en las “artes” de los jesuitas “sugiere que la producción discursiva era el resultado del trabajo cotidiano, de las «Notas», como las escritas para la lengua eudeve y no tanto un ejercicio retórico” (p. 10). En todo caso el debate sobre las posibles “escuelas” y sus representantes es un campo abierto a la investigación.

El tema del modelo impuesto lleva directamente a reflexionar sobre el grado de adecuación de las primeras descripciones lingüísticas y la influencia que pudieron tener los primeros lingüistas-misioneros en el habla y la gramática de las lenguas amerindias. Es evidente que cada descripción constituye a la vez una creación y una recreación de la realidad, esto se observa en las gramáticas y de manera más transparente en los vocabularios. La pregunta obligada es: ¿estas obras reflejan la cosmovisión, la vida y la lengua de los hablantes o realmente lo que en ellas se plasma es la cosmovisión, la vida y la lengua de los misioneros? Responder a esta pregunta motiva trabajos como el de Theimer-Sachse sobre el *Vocabulario zapoteco* de Juan de Córdova. (Thomas Smith trabaja desde una perspectiva similar la obra de Córdova; confrontar ambos análisis puede ser un ejercicio iluminador sobre el tema. Cf. “Mujeres, música y mostagán: la vida alegre de los zapotecos decimoséxticos”, *Memorias. Jornadas Filológicas 1994*, México, 1995, pp. 357-381.) La lectura que anima este tipo de acercamientos a las obras producidas durante el período colonial muestra claramente la riqueza de información no sólo lingüística sino también histórica y antropológica que guardan estos materiales.

El artículo de Dedenbach sobre el uso discursivo de una partícula quechua retoma este tema desde otra perspectiva. La propuesta de Dedenbach muestra lo fructífero que puede resultar el trabajo no sólo con gramáticas y vocabularios sino también con textos para evaluar el grado de adecuación que tuvieron las primeras descripciones de las lenguas amerindias. Lo que, a mi juicio, podría redondear en este tipo de trabajos es una perspectiva diacrónica de la lengua, habría que considerar también los cambios que en el tiempo pudieron haber sufrido las lenguas amerindias.

El tema del modelo impuesto también está estrechamente relacionado con la reflexión en torno al trabajo categorial que constituyó el paso de la percepción de fenómenos lingüísticos hasta entonces desconocidos por la formulación gramatical. Este es, quizá, el tema más tratado en las colaboraciones aquí reunidas: el problema de la categorización de la tonalidad en una lengua como el otomí

(Zimmermann) o del corte glotal o saltillo en cakchiquel (Bradt-kriszat y Holl); los conceptos de incorporación y diátesis en náhuatl (Launey); las interposiciones en tarasco (Monzón); la transición en lenguas andinas (Adelaar) y los sufijos discursivos del quexha (Dedenbach-Salazar).

El tema del trabajo categorial está ligado a la incidencia que el quehacer lingüístico indoamericano pudo tener en Europa. En torno a este tema se aprecian dos posiciones: la que asegura que el impacto ejercido no fue mayor y no tuvo consecuencias importantes en la lingüística europea y la que sostiene lo contrario. Las colaboraciones reunidas en este libro que se pronuncian en torno al tema son partidarias de la primera posición; Launey, por ejemplo, observa que estos trabajos fueron poco conocidos en el Viejo Continente; Monzón considera que estos avances “no tuvieron desgraciadamente influencia alguna en el pensamiento de la época” (p. 145). La segunda posición, aquella para la que el trabajo descriptivo de los primeros lingüistas-misioneros tuvo una repercusión mayor en el desarrollo de la disciplina en Europa no tiene representantes decididos en esta compilación. Para evaluar este tema habría que considerar autores ausentes en el volumen como Smith Stark quien sostiene enfáticamente que la actividad lingüística desarrollada durante la Colonia “marca el verdadero principio de la lingüística moderna y tuvo consecuencias importantes para el desarrollo de nuestra ciencia” (“Juan de Córdova como lexicógrafo”, *Guchachi'reza. Iguana rajada*, 58, 1998, p. 2). Es obvio que aún no tenemos una respuesta definitiva a este problema, el debate sigue en pie y los trabajos que se realicen en el futuro tendrán que considerarlo como uno de los principales ejes que anime la investigación.

Por último, el tema constante de los motivos y fines a los que responden las primeras descripciones de las lenguas nativas de nuestro continente. Varios autores destacan el objetivo pedagógico y fin práctico al que respondieron estas obras; se reconoce que las “artes” y los “vocabularios” fueron, junto con los “catecismos” y los “confesionarios”, los instrumentos en los que se basó la evangelización de los grupos indígenas. Las “artes” y los “vocabularios” tenían como principal objetivo enseñar a los frailes, en el menor tiempo posible, las nuevas lenguas en las que tendrían que evangelizar a su grey. Sin embargo, el fin práctico y el objetivo pedagógico que se ha señalado como una constante en estas obras, no puede considerarse privativo de la labor lingüística del Nuevo Mundo como parecen sugerir los trabajos de Launey, Canger, Torero y Zimmermann, entre otros.

Agud ha señalado que en la gramática renacentista europea se refleja una mayor cercanía al mundo y sus problemas, una reducción de la abstracción de los planteamientos y una mayor atención a intereses pragmáticos. La gramática renacentista —observa esta au-

tora— es un medio de aprendizaje mediante el cual los jóvenes deben apropiarse las ya para entonces lejanas lenguas clásicas. En este período hay un nuevo énfasis en la sencillez y en la posibilidad de “acabar pronto” el aprendizaje. El lenguaje en el Renacimiento —dice— se torna objeto de estudio empírico. En este período el tema del conocimiento por medio del lenguaje es sustituido por el método de estudio y análisis, por el conocimiento del lenguaje como un objetivo práctico. “En esta época se sienta el principio de que, siendo la lengua factura de las costumbres de los pueblos, la ciencia que las estudie debe proceder por *observación* de los hechos” (*op. cit.*, pp. 95-98). Considerando lo anterior, el espíritu práctico y pedagógico que se aprecia en las gramáticas amerindias coloniales no está completamente desvinculado de las características generales que se pueden reconocer como parte del desarrollo de la gramática renacentista.

En resumen, las distintas colaboraciones reunidas en este libro son, en palabras de Zimmermann, “acercamientos ejemplares de historiografía lingüística indoamericana que abarcan un amplio número de lenguas”. El panorama que ofrece da una idea bastante clara del estado de la cuestión, los ejes temáticos que constituyen las constantes en esta área y las nuevas perspectivas para el trabajo en este campo. Como suele suceder no están representadas ni todas las lenguas ni todas las posiciones, ninguno de los temas de reflexión se resuelve ni se agota, pero su lectura constituye una fuerte motivación para considerar un tema relativamente nuevo en el ámbito del estudio de las lenguas amerindias.

FRIDA VILLAVICENCIO

Centro de Investigaciones y Estudios
Superiores en Antropología Social

JULIO CAMARENA LAUCIRICA, y MAXIME CHEVALIER, *Catálogo tipológico del cuento folklórico español*. T. 1: *Cuentos de animales*. Gredos, Madrid, 1997; 477 pp.

Cronológicamente, precede a este tomo la aparición en el mercado del tomo segundo de la serie (el dedicado a los *Cuentos maravillosos*, 1995). Dentro del plan global de la obra, el que ahora se reseña inaugura un conjunto que todavía contará con por lo menos otros dos: uno dedicado a los *Cuentos religiosos*, y otro que los autores del proyecto denominan genéricamente de *Cuentos románticos*, especie de cajón de sastre donde se integrarán diversos tipos de relatos de temas y formas no unitarias, entre los que estarán los que no tienen